

13. "Que sean uno como nosotros somos uno"

La llamada "oración sacerdotal" de Jesús, en el capítulo 17 de Juan, refleja el lavatorio de los pies del capítulo 13. Porque en ambos capítulos, Jesús revela su deseo de unidad entre los discípulos. El lavar los pies los unos a los otros, como la intensa oración de Jesús al Padre, tienden a aumentar entre los discípulos la unidad de comunión que existe eternamente en la Santísima Trinidad. Por esto, Jesús expresa su último y supremo deseo al Padre: "para que todos sean uno, como tú, Padre, en mí, y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado "(Jn 17,21).

La misión del Hijo culmina con la petición al Padre de que los discípulos puedan ser uno como Dios en la Trinidad, porque solo esta unidad de los discípulos permite que la misión del Hijo se cumpla como salvación del mundo. El mundo puede creer en el Hijo de Dios si la unidad de los creyentes en Él le permite reconocer que Jesús es verdaderamente enviado por Dios Padre. La unidad de los discípulos es básicamente el único milagro verdadero que puede despertar la fe en el mundo.

Jesús es consciente de que para que su misión de Salvación y Redención se cumpla verdaderamente, solamente debe pedirle al Padre la unidad de los discípulos. No pide que hagan milagros, que sepamos hablar para convencer a los paganos, etc. Solo pide unidad, que los discípulos sean uno como Dios es uno en tres personas. Pide que los discípulos sean uno en comunión. La unidad entre personas diferentes solo es posible en la comunión, en una relación de unión, en el estar *unidos* los unos *con* los otros.

Juan enfatiza esta solemne oración de Jesús al Padre. El capítulo 17 comienza con las palabras: "Así habló Jesús y, levantando los ojos al cielo, dijo: «Padre, ...»" (Jn 17,1). Jesús acaba de terminar los discursos de la última Cena. San Juan quiere desconectar lo que Cristo acaba de decir en estos discursos sublimes de lo que continúa diciendo después de levantar los ojos al cielo. Es como si comenzara otro dicho, una nueva palabra. Jesús es el Logos, el Verbo de Dios que se hizo carne para hablarle al hombre. Pero permanece siempre el Verbo que Juan, en el Prólogo de su Evangelio, describe como " junto a Dios", o "vuelto hacia Dios", y Dios mismo: "En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios, y el Verbo era Dios"(Jn 1,1).

Al final de los discursos de la última Cena, el Verbo se dirige al Padre, le habla al Padre, como lo hace desde el principio, eternamente. La palabra que sigue es, por lo tanto, una palabra que Jesús pronuncia en su relación eterna con el Padre, mirando al Padre y sabiéndose a sí mismo mirado por Él. Pero esta palabra la pronuncia en presencia de los discípulos, y así se convierte en una comunicación directa del misterio de Dios al hombre.

Al final de esta oración, Juan comenzará el capítulo 18, que empieza relatando la Pasión de Cristo, con las palabras: "Después de decir esto, salió Jesús con sus discípulos al otro lado del torrente Cedrón, donde había un huerto, y entraron allí él y sus discípulos" (Jn 18,1). Es como si Juan quisiera sobre todo cerrar la Palabra particular que el Verbo de Dios ha pronunciado con su oración al Padre. Había iniciado con: "levantados los ojos al cielo, dijo" (17,1), y ahora cierra con: "después de decir esto, salió" (18,1). La oración sacerdotal era, por lo tanto, una manifestación particular de la Palabra de Dios, una revelación especial de Dios, una teofanía trinitaria particular.

Fijémonos sin embargo que, a diferencia de los Sinópticos, Juan no narra la oración y la agonía de Jesús en Getsemaní. Es como si inmediatamente, tan pronto como Jesús y los discípulos entraron al huerto, Judas llegara con la cohorte y los guardias para arrestar a Jesús (cf. Jn 18,3ss). Esto nos hace comprender que, para Juan, la oración sacerdotal en el Cenáculo incluye la oración de Getsemaní, o tal vez coincide con ella. De hecho, en ambas oraciones, Jesús pide aquello por lo que la voluntad del Padre y la voluntad del Hijo están unidas, en el amor mutuo y en el amor por todos los hombres.

Jesús, siempre en el capítulo 18 de San Juan, pregunta a los soldados "¿A quién buscas?" Y ellos responden "A Jesús, el Nazareno". Y cuando Jesús dice: "Yo soy", como Dios le dijo a Moisés en el Sinaí, todos "retrocedieron y cayeron al suelo", como abrumados por la divina Presencia que Jesús encarna (cf. 18,4-6). Ciertamente, podemos pensar que la fuerza del "Yo soy" dicho por Jesús está, por así decirlo, cargado del misterio que se ha revelado a los discípulos mientras Él, poco antes en el Cenáculo, rezaba al Padre.

Entonces, podemos preguntarnos qué nos ha revelado Dios en esta oración culminante de la vida de Jesús de la que se habla en Juan 17.

En esta oración, Jesús expresa tres grandes intenciones, que luego de hecho están unidas y conectadas entre sí: pide su propia glorificación (Jn 17,1-8); pide la fidelidad y protección de los apóstoles y discípulos, que deja en el mundo para continuar su misión (17,9-19); pide por todos los discípulos presentes y futuros el don de la unidad en el amor, como el Padre y Él están unidos en el Espíritu, para que el mundo pueda creer en Cristo enviado por el Padre (17,20-26).

En el fondo, Jesús le pide al Padre todo aquello por lo que acepta sufrir hasta su muerte en la Cruz; le pide que se cumpla todo aquello por lo que el Padre lo envió al mundo. Por esta razón, todas las preguntas de Jesús culminan en la tercera pregunta, la que pide al Padre que los discípulos sean uno como el Padre y el Hijo son uno. En esto consiste también la gloria del Hijo: "Yo les he dado la gloria que tú me diste, para que sean uno, como nosotros somos uno" (Jn 17,22). Puesto que la gloria de Dios es el amor, es la luz del amor infinito que Dios es, que Dios intercambia en la comunión de las Tres Personas Divinas.

Jesús arde con el deseo de que todos los hombres participen en esta gloria de amor, de esta *claritas* (el término con el cual el latino traduce el término griego *doxa*, gloria) que es amor, de esta *claritas* que es *caritas*.

"Padre, quiero que los que me has dado estén conmigo donde yo estoy y contemplan mi gloria, la que me diste, porque me amabas, antes de la fundación del mundo" (17,24). Es el único punto del Evangelio en el que Jesús dice "quiero" dirigiéndose al Padre. Jesús sabe que este deseo corresponde a la voluntad del Padre, coincide con lo que el Padre quiere, con aquello para lo que el Padre lo ha enviado al mundo. Es la última voluntad llena de amor por nosotros del Hijo ya "condenado a muerte" para nuestra salvación. Jesús acepta libremente, hasta las consecuencias extremas, que todos los discípulos coincidan con él en la relación de amor con el Padre, es decir, que nos convirtamos en hijos en el Hijo, que estemos "donde está el Hijo" en la comunión de la Trinidad.